

3.- La vida –mar de lágrimas, según cierto sentir religioso- ofrece muchas dificultades y sinsabores a cambio de instantes felices. Estos instantes valen una vida y uno de ellos coincide con las Fiestas de los Pueblos: momento de compensación del trabajo realizado y de unión o reencuentro entre los que aquí viven y trabajan y los que se marcharon en búsqueda del pan. Y también de recuerdo, de los que se fueron, y nunca nos dejarán.

Como escribiera José Ángel Valente, en su libro de Poemas a Lázaro, bajo el rótulo significativo de “El Padrino”:

Los que yacen aquí
Los que descansan
En paz bajo su nombre, según rezan
Tiempo y piedra, no duermen
Velan siempre

Y, también, en el último poemario, bajo el rótulo “La Llamada”:

Tropiczo en los residuos de la víspera
Cuanto hoy de ayer me sale al paso
Y con torpeza y sumisión recojo
La llamada en el alba tan temprana

4.- Herrera, como toda ciudad que se precie de importante tuvo sus puertas, cuatro, que cerraban la muralla. La puerta Nueva, al norte, la de Santa María del Burejo, al sur, la Puerta de Aguilar, al oeste y la puerta del Prado al este. Su paulatina desaparición a lo mejor no fue fruto de la desidia, sino del espíritu abierto de nuestro pueblo y de la concepción libre del hombre, sin obstáculos en su derecho de ir y venir, como dijo nuestro José Hierro, en su libro de poemas “De cuanto se de mí”.

Rey de un trigal, de un río, de una viña
Así habrá de enseñarse. Y libre. Dueño
De sí, hoguera perpetua en que arde el leño
De la verdad. Y que el amor lo ciña

5.- Os ruego de nuevo, -si tuviera jurisdicción y mando os ordenaría- que gocéis de las fiestas, sintáis el revoloteo y repique jubiloso de las campanas de la Piedad, y también que cantéis, pues como dijo Rafael Alberti:

Pues en la tierra no hay nadie

Que esté solo, si está cantando

Y también desde lo alto del castillo o desde la cima del Gurugú -no he encontrado en ninguna parte la razón de este nombre, mi padre me contó que su origen se encontraba en un paisano nuestro que frecuentemente narraba en nuestros bares haber participado en la toma de un monte con tal nombre en las campañas de nuestro protectorado en África-, aprovechad del descanso necesario para seguir las fiestas, para volver a ser dichoso con el sólo puro acierto de recordar, bajo la sombra protectora de la vieja piedra Amaya, y de nuestra patrona la Virgen de la Piedad, la idea de que lo más importante en el árbol no es el tronco que enseña, sino la raíz que oculta, que somos un pueblo recio y vigoroso; un pueblo que apostó por la Reina Isabel de Castilla en su lucha frente a la Beltraneja, -según reza el libro "Palencia por la Reina Isabel", que leí en mi juventud- Reina que forjó la unidad de España, alentó la "aventura americana", y creó leyes justas, como la ley de Indias, continuadoras de las que antes, con igual sentido de equidad, promulgó en Canarias y terminar el recuerdo con las palabras del poeta vasco, Gabriel Celaya, en su poema "Instancias":

Soy humilde, soy digno, las dos cosas a la vez

Soy como el pueblo invencible,

Suplico, en consecuencia, señor

Que no me acuse, si aún hace tanto ruido mi viejo corazón

Yo ya di el "sansecabó"

Y suplico a vuestro excelentísimo: ¡déjeme ser español!

A lo que yo uniría, déjeme ser castellano-leonés y herrerenense de "alma noble, de raza comunera", como según nuestro himno "son los hijos de nuestra ciudad".

MARIANO SAMPEDRO CORRAL